

**PUBLICACIONES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

Biblioteca de Estudios Madrileños
Publicados 35 volúmenes

Itinerarios de Madrid
Publicados 20 volúmenes

Colección Temas Madrileños
Publicados 21 volúmenes

Colección Puerta del Sol
Publicados 3 volúmenes

Clásicos Madrileños
Publicados 9 volúmenes

Colección Plaza de la Villa
Publicados 2 volúmenes

Colección Puerta de Alcalá
Publicados 3 volúmenes

Madrid en sus Diarios
Publicados 5 volúmenes

Conferencias Aula de Cultura
Publicadas más de 600 conferencias

*Anales del Instituto de Estudios
Madrileños*
Publicados 44 volúmenes

Madrid de los Austrias
Publicados 7 volúmenes

Guías Literarias
Publicados 3 volúmenes



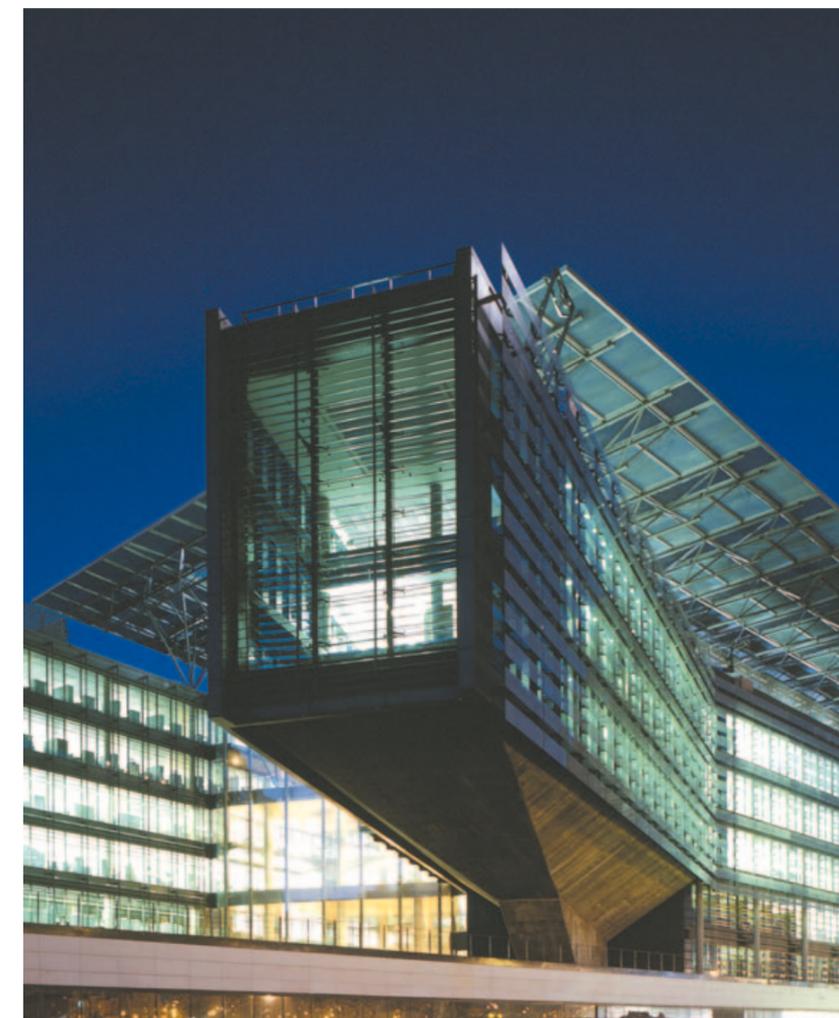
ANALES
DEL
INSTITUTO
DE
ESTUDIOS
MADRILEÑOS

**TOMO
XLIV**

C. S. I. C.
2004
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tomo XLIV



C. S. I. C.
2004
MADRID

El tomo XLIV de los

**ANALES DEL INSTITUTO
DE ESTUDIOS MADRILEÑOS**

comprende estudios —referidos a Madrid— en los que alternan temas de Historia, Arte, Literatura, Geografía, etc., notas biográficas sobre madrileños ilustres y acontecimientos varios de la vida madrileña.

Portada:

Madrid, asumiendo su condición de gran ciudad, va diseñando de forma acelerada su futuro. Al igual de otras poblaciones como Berlín, Madrid se ha convertido en uno de los referentes a nivel mundial de la moderna arquitectura. Uno de los edificios emblemáticos de las nuevas formas arquitectónicas es la sede madrileña de Endesa, que por cortesía de dicha empresa reproducimos en nuestra portada.

Anales del Instituto de Estudios Madrileños publica anualmente un volumen de más de quinientas páginas dedicado a temas de investigación relacionados con Madrid y su provincia. Arte, Arqueología, Arquitectura, Geografía, Historia, Urbanismo, Lingüística, Literatura, Sociedad, Economía y Biografías de madrileños ilustres y personajes relacionados con Madrid son sus temas preferentes. *Anales* se publica ininterrumpidamente desde 1966.

Los autores o editores de trabajos o libros relacionados con Madrid que deseen dar a conocer sus obras en *Anales del Instituto de Estudios Madrileños* deberán remitirlas a la secretaría del Instituto, calle Duque de Medinaceli, 6, 28014 Madrid; reservándose la dirección de *Anales* la admisión de los mismos. Los originales recibidos son sometidos a informe y evaluación por el Consejo de Redacción, requiriéndose, en caso necesario, el concurso de especialistas externos.

DIRECCIÓN DE ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS:

PRESIDENTE DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: José Portela Sandoval (UCM).
PRESIDENTE DE LA COMISIÓN DE PUBLICACIONES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Alberto Sánchez Álvarez-Insúa (Instituto de Filosofía, CSIC).
SECRETARIO DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS: Rufo Gamazo Rico (Cronista de Madrid).

CONSEJO DE REDACCIÓN:

Alfredo Alvar Ezquerro (CSIC), Luis Miguel Aparisi Laporta (Instituto de Estudios Madrileños), Eloy Benito Ruano (Real Academia de la Historia), José del Corral Raya (Cronista de Madrid), Ricardo Donoso Cortés y Mesonero Romanos (UPM), María Teresa Fernández Talaya (Fundación Madrid Nuevo Siglo), José Fradejas Lebrero (UNED), José Montero Padilla (UCM), Manuel Montero Vallejo (Catedrático de Enseñanza Media, Madrid), Alfonso Mora Palazón (Ayuntamiento de Madrid), M.^a del Carmen Simón Palmer (CSIC).

CONSEJO ASESOR:

Enrique de Aguinaga (UCM; Cronista de Madrid), Carmen Añón Feliú (UPM), Rosa Basante Pol (UCM), Francisco de Diego Calonge (CSIC), Manuel Espadas Burgos (CSIC), María Pilar González Yanci (UNED), Miguel Ángel Ladero Quesada (UCM), Jesús Antonio Martínez Martín (UCM), Áurea Moreno Bartolomé (UCM), Leonardo Romero Tovar (Universidad de Zaragoza), José Simón Díaz (UCM), Virginia Tovar Martín (UCM), Fernando Terán Troyano (UPM), Manuel Valenzuela Rubio (UAM).

I.S.S.N.: 0584-6374

Depósito legal: M. 4593-1966

SUMARIO

	<u>Págs.</u>
Memoria	
<i>Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños</i>	13
Artículos	
<i>Establecimiento del gobierno político, económico y militar de Madrid (1746-1747): procedimiento y documentación</i> , por MANUEL SALAMANCA LÓPEZ	23
<i>Diego Ignacio de Córdoba y el papel de Madrid en el mercado crediticio en la Castilla del siglo XVII</i> , por MÁXIMO DIAGO HERNANDO	59
<i>La necesaria Ley de Capitalidad de Madrid al borde de lo imposible</i> , por ENRIQUE DE AGUINAGA	97
<i>Una notable iniciativa del municipio madrileño: Creación de la Inspección Escolar Femenina en el siglo XIX</i> , por M. ^a TERESA LÓPEZ DEL CASTILLO	143
<i>Liberalismo y enseñanza agrícola. La Sociedad Económica Matritense y la red nacional de cátedras de agricultura</i> , por J. LUIS MALDONADO POLO	181
<i>Antecedentes dibujados del Viaducto de Barrón</i> , por ÁNGEL MARTÍNEZ DÍAZ	203
<i>Dibujos para el puente de Segovia de los siglos XVII y XVIII</i> , por PILAR CORELLA SUÁREZ	237
<i>Transformaciones de la plazuela e iglesia de San Ildefonso</i> , por MARÍA TERESA FERNÁNDEZ TALAYA	249
<i>El madrileño palacio del conde de Oñate según un inventario de 1709</i> , por JOSÉ LUIS BARRIO MOYA	271

	Págs.
<i>La Hermandad y Hospital de San Antonio de los Portugueses de Madrid</i> , por JUAN IGNACIO PULIDO SERRANO	299
<i>Los Morenos, una familia de plateros madrileños en el Antiguo Régimen</i> , por JOSÉ MANUEL CRUZ VALDOVINOS y PILAR NIEVA SOTO	331
<i>Carlos III y los tapices para el Palacio Real de Madrid: La serie del «Real Dormitorio»</i> , por JOSÉ LUIS SANCHO GASPAR	359
<i>Algo más sobre Francisco e Isidoro de Burgos Mantilla</i> , por MERCEDES AGULLÓ Y COBO	391
<i>Madrid y Guadalupe (siglos xv-xix)</i> , por ARTURO ÁLVAREZ ÁLVAREZ	425
<i>El Cristo del Desamparo y Fray Lorenzo de San Nicolás. Encuentros y avatares de una devoción</i> , por FÉLIX DÍAZ MORENO	445
<i>El Madrid inmaculista</i> , por M. ^a ISABEL BARBEITO CARNEIRO	471
<i>Memoria ornamental itinerante en Madrid</i> , por LUIS MIGUEL APARISI LAPORTA	497
<i>Olvidado Kilómetro Cero</i> , por M. ^a CRISTINA ANTÓN BARRERO	545
<i>El Veloz Club</i> , por JUAN JIMÉNEZ MANCHA	555
<i>La Casa de Campo: Algunas breves anotaciones sobre su patrimonio arqueológico y arquitectónico</i> , por PILAR MENA MUÑOZ	569
<i>Segregación del espacio público: Territorio público versus intereses privados. Un análisis de usos en la Casa de Campo de Madrid</i> , por TRAUDE MÜLLAUER-SEICHTER	585
<i>El madrileño barrio de El Rastro en los comienzos del siglo xvii</i> , por JOSÉ DEL CORRAL RAYA	613
<i>El Barrio de los Escritores: La calle del León</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	625
<i>El «Avellaneda», eslabón entre dos Quijotes cervantinos</i> , por JOSÉ BARRROS CAMPOS	639
<i>Una novela rosa madrileña del siglo xviii</i> , por JOSÉ FRADEJAS LEBRERO	665
<i>Un Madrid brillante y también ocultista en «Luces de bohemia», de Valle-Inclán: los teósofos</i> , por PEDRO CARRERO ERAS	679
<i>El escritor madrileño Ángel R[odríguez] Chaves en la revista «La Gran Vía»</i> , por JULIA MARÍA LABRADOR BEN	699
<i>Madrid en la obra literaria de la escritora Ángeles Villarta</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	729

	Págs.
<i>La conquista de Madrid por Leocadio Mejías</i> , por CARMEN MEJÍAS BONILLA	751
<i>Invernaderos de los jardines de la Comunidad de Madrid</i> , por CARMEN ARIZA MUÑOZ	769
<i>Materiales para una toponimia de la provincia de Madrid (IV)</i> , por FERNANDO JIMÉNEZ DE GREGORIO	799
<i>Algunos topónimos madrileños de origen celta: «Aravaca, Alcobendas, Carabanchel, Carabaña, Chamberí, Las Vistillas, Vallecas»</i> , por JOAQUÍN CARIDAD ARIAS	821
<i>El arroyo de Butarque: historia de una desaparición</i> , por JUAN AZCÁRATE LUXÁN y PALOMA ARROYO WALDHAUS	831
<i>Los despoblados medievales en el Común de Villa y Tierra de Alcalá</i> , por JOSÉ ANTONIO RANZ YUBERO, JOSÉ RAMÓN LÓPEZ DE LOS MOZOS y MARÍA JESÚS REMARTÍNEZ MAESTRO.....	849
<i>Robos sacrílegos en la provincia de Madrid</i> , por JAIME CASTILLO GONZÁLEZ	879

Notas

<i>Fisonomía del Madrid medieval</i> , por LUIS RAMÓN-LACA MENÉNDEZ DE LUARCA	921
<i>Nuevas pruebas documentales acerca de la autoría de «La torre de los siete jorobados» de Emilio Carrère</i> , por JULIA MARÍA LABRADOR BEN y ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	929

Centenarios

<i>Centenario del profesor Joaquín de Entrambasaguas (1904-2004)</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	937
<i>Evocación de José Montero Alonso en su centenario</i> , por JOSÉ MONTERO REGUERA	943

Necrológicas

<i>Antonio Quilis (1930-2003)</i> , por MARÍA JOSÉ ALBALÁ	949
<i>Adiós a Fernando Chueca Goitia</i> , por PEDRO NAVASCUÉS	959

Reseñas de libros

PRIETO BERNABÉ, JOSÉ MANUEL, <i>Lectura y lectores. La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)</i> , por ALBERTO SÁNCHEZ ÁLVAREZ-INSÚA	965
VELASCO BAYÓN, BALBINO, O. Carm., <i>Acercamiento a una institución madrileña. El Monasterio de monjas carmelitas de Ntra. Sra. de las Maravillas</i> , por JOSÉ MONTERO PADILLA	966

LA CONQUISTA DE MADRID POR LEOCADIO MEJÍAS

POR CARMEN MEJÍAS BONILLA

Periodista investigadora UCM

Conquistar Madrid fue durante décadas, y aún lo sigue siendo, la meta de muchos jóvenes de toda España en los que bullen ansias de expansión, libertad y triunfo. A partir de que Gaztambide estrenara en 1863 su zarzuela *La Conquista de Madrid*¹ relatando el asedio y ocupación de Madrid por los cristianos del siglo XI, este título lo han usado posteriormente distintos autores para hacer referencia a esos afanes de conquistar la capital de España por aquellos que ven en la Villa y Corte el único lugar posible donde desarrollar sus sueños y triunfar. Emilio Carrere tituló así un relato corto publicado en 1934² en donde un joven escritor quería conquistar Madrid como única posibilidad de llevar adelante sus ilusiones literarias, y en 1947 Leocadio Mejías, englobó con el mismo título a una serie de 54 artículos periódicos, cada uno de ellos con título propio, publicados en el *Diario Madrid, diario de la noche*³ que reflejan las andanzas capitalinas de un joven recién llegado de Cáceres que arriba a la capital de España animado por el buen consejo de Enrique Jardiel Poncela, que le asegura en una carta: «luchar literariamente desde provincias, es disparar con pólvora sólo». Este consejo y su propio ímpetu son los únicos bienes que porta el joven que llega a la Estación de Atocha con la ilusión de conquistar una plaza como autor teatral. No es ni más ni menos que su autobiografía tal y como nos cuenta al inicio de los reportajes:

«Hace algún tiempo ofrecí a la Dirección del periódico un reportaje largo, autobiográfico: reportaje que pudiera titularse *La Conquista de Madrid*, y en el cual se contarían las peripecias de un joven lleno de ilusiones literarias que llegara a la capital de España, sin conocerla, desde su oscuro rincón provinciano, sin conocer a nadie en ella, y sin más bienes de fortu-

¹ Cuyo libreto había escrito Luis Mariano de Larra, hijo del famoso Mariano José.

² En la revista literaria *Novelas y Cuentos*.

³ Entonces bajo la dirección de Juan Pujol.

na que su optimismo. Cuando yo lo ofrecí no me era posible redactarlo; andaba excesivamente ocupado en otras tareas periodísticas que por su actualidad no admitían demora. Ahora, sin embargo, en la quietud de esta ciudad silenciosa⁴ se remansan las ideas y los recuerdos y me decido al fin. Seguro de que el auténtico reportaje que ofrecemos, escrito muy a vuelapluma, como debe escribirse en vacaciones, no ha de encerrar valores literarios, pero sí valores humanos, y acaso lleve entre sus líneas alguna que otra enseñanza que, burla burlando, pueda servir de lección a los jóvenes. Manos a la obra.»

EL PALPITANTE LATIR DE LA CALLE

La Conquista de Madrid se inicia en el verano de 1947 y finaliza en el invierno de 1948. A lo largo de año y medio los lectores sienten el pulso de la calle del Madrid de trasguerra, el Madrid de 1940, el de los dispensarios antituberculosos, de las pensiones de viajeros y estables, de las lecherías, de los cafés, de los vendedores callejeros que ofrecían los más inverosímiles objetos. El Madrid de los neumáticos recauchutados hasta tres y cuatro veces, las casas de empeño, el Rastro... Trasiegan por la calle y los cafés un universo de personajes populares; modistillas, mecanógrafas, bohemios, pícaros, mangantes, escritores y artistas que realizando auténticas piruetas, logran la supervivencia diaria y se obstinan en olvidar lo terrible.

Las grandes secuelas de la guerra están presentes en todo momento, sin embargo la miseria se disfraza con grandes dosis de humor. Para Mejías el humor inteligente es el condimento con el que se sazona la vida, y aporta con él la dosis de ironía suficiente para aligerar un presente duro y conjurar el difícil pasado. La sociedad de posguerra necesitaba mitigar el trauma colectivo de la guerra civil y unos cuantos soñadores y militantes del optimismo se empeñan en instalar el buen humor como ética de la vida. Traer hoy a la memoria esos años a partir de *La Conquista* de Mejías tiene su encanto porque aun siendo relatos de fuerte desgarramiento impresionista, también son artículos llenos de garbo, en donde no hay resentimiento y forman parte de nuestra historia.

Sus 54 artículos inauguran además una fórmula periodística muy recurrente. Están escritos con pluma ligera y con un estilo sencillo, claro y directo. Lo novedoso, periodísticamente hablando, es que tienen capacidad para satisfacer a dos tipos de lectores. Son artículos que se encadenan unos con otros, mantienen una progresión en el tiempo y desarrollan los personajes a medida que avanza la narración, de tal modo que se pueden leer como si fuera una novela por entregas, y así fueron devorados. Sin embargo, están

⁴ Se trata de la ciudad de Cuenca.

escritos también para ser leídos por un lector ocasional, que por supuesto se pretende que deje de serlo, por lo que cada reportaje se estructura de una forma independiente. La historia se abre y se cierra en el mismo capítulo y no necesita un «continuará» para quedar el lector suficientemente satisfecho.

Durante más de año y medio los lectores del *Diario Madrid* devoraron los artículos, lo que hizo subir la venta del periódico. *La Conquista* fue un gran éxito periodístico, entre otras razones, porque ese mundo propio que aparece en ellos, también estaba siendo vivido por los lectores.

Desde el primer capítulo Mejías manifiesta claramente sus intenciones autobiográficas, que son rabiosamente sinceras, lo que es un acto de verdadera entrega al lector, un acto de amor, pues voluntariamente deja al descubierto todas sus vergüenzas, apuros y miserias. Están escritos, ya lo hemos dicho, con una ironía exquisita y con el humor de un espíritu vital, porque ciertamente, donde radicaba la vitalidad de Leocadio Mejías era en su espíritu, ya que su salud estuvo minada, desde muy joven por la tuberculosis.

CERCEDILLA, SUCURSAL DE LA PUERTA DEL SOL

«Un hombre en Cuenca» es el título del reportaje que inicia la serie. Estamos en julio de 1947. Es verano y el periodista decide emigrar a «la muy noble y reposada ciudad de Cuenca», porque según parece, ya en 1947, la sierra de Madrid era el lugar donde agostaban el 50% de los madrileños. Cercedilla, por ejemplo, según cuenta, era en verano una sucursal de la Puerta del Sol.

«Usted no verá allí más que madrileños en calzoncillos, en alpargatas, en camiseta; madrileños con mochila y bastón que, practicando el semidesnudismo, caminan entusiasmados de un lado para otro, escalando picachos y ensuciando el campo de papelotes grasientos en los que envolvieron sus tortillas y sus bistecs de excursionistas.»

En Cuenca, nadie le obliga a nada, y puede hundirse en el delicioso nirvana de la vagancia. Allí remansa los recuerdos y va poniendo de pie los primeros capítulos de este largo reportaje en el que cuenta las dificultades por las que pasó, las personas que conoció, lo que ocurría en la calle, y en todos los ambientes madrileños en los que se introdujo. Él decidió *tomar* Madrid tras recibir una carta de su admiradísimo Jardiel Poncela. Jardiel afirmaba, sin ninguna duda, que «luchar literariamente desde provincias, era disparar con pólvora sólo». Pero también le hablaba de la tremenda lucha que hay que presentar para ser autor teatral, y que la mejor ayuda de un hombre es él mismo, pues solo dentro de uno radican las fuerzas morales.

«Y una noche, con mi espléndida lesión tuberculosa, con 600 pesetas en el bolsillo para toda la vida y acompañado de un hermano más joven que yo —mi hermano Luis, que tampoco tenía oficio ni beneficio y que entonces contaba veinte años—, tomamos dos terceras en el tren de las ocho y cuarenta y nos lanzamos a la conquista de Madrid.»

Al llegar a la estación de Atocha, tras una noche entera de viaje, buscaron en un periódico una fonda al alcance de sus recursos. La encontraron: PENSION EMILIA, VIAJEROS Y ESTABLES, cuarto de baño, completa, 8 pesetas por adelantado y situada en la céntrica calle de la Magdalena... El menú: Sopa de almortas (con extraño sabor a pintura), plato de verduras a elegir (acelgas o coles) y, por último, un conmovedor panchito frito que según dice daba pena verlo tan sólo en el plato, con los ojos fritos como bolas de naftalina. Un menú que compartían en el comedor con los otros huéspedes: un sargento, un guardia civil, dos estudiantes del mismo pueblo, un tramoyista y la señorita Nedi, envuelta en un kimono de colorines que solía devorar las novelas de Pedro Mata y Alberto Insúa.

EL RASTRO

Pronto tuvieron que aprender los dos hermanos el camino de las casas de compraventa, y por ellos conocemos los precios del loable mercado de las industrias que viven de la necesidad ajena. Por un traje usado, aunque estuviera nuevo, daban 18 duros; por unos calzoncillos, 3 pesetas; por una manta de lana se pagaban hasta 4 duros en verano y 8 en invierno. La lana de colchón, generalmente extraída a puñados de los colchones de las fondas, la pagaban a 11 pesetas kilo.

Se decide a visitar a Jardiel Poncela que en ese momento naufraga en la Comedia con su obra *El amor sólo dura 2.000 metros*, una parodia de la vida de Hollywood, que el público consideró demasiado fantástica, puesto que desconocía absolutamente los modos de vida fuera de nuestras fronteras. Jardiel, que llevaba doce años luchando, le dice a nuestro escritor que cree que no vale la pena tanta lucha, que tome un billete para su tierra y que viva tranquilo. Pero a Mejías le resulta insoportable la idea de volver vencido a su tierra.

Él confía en salir adelante con la ayuda de su hermano... y de «Ella» (por ese nombre propio menciona a lo largo de toda la serie a quien será su ángel guardián, la mujer que le leerá en voz alta, sentada al borde de su cama de enfermo, a Juan Ramón, a Gabriel Miró, o a Valle).

Leocadio, enfermo, se entretenía asomándose al balcón de la pensión de la calle de la Magdalena que, según sus palabras, era la más dicharachera de todo Madrid. Le alegraba sentir el latir de un Madrid en continua

algarabía... Mercanchifles callejeros que en el centro de un corro de desocupados (entonces no existía el parado, sino el desocupado), les espetaba pintorescos discursos para intentar vender los más inverosímiles objetos. Desde el Parasitol «contra toda clase de piojos» hasta las hojas de afeitar «del más puro acero toledano...». Mientras, las canciones de moda ejecutadas por quintetos de murguistas entretenían a un abigarrado grupo de muchachas del servicio doméstico, soldados, vagos de profesión y modistillas que salían de sus talleres.

Pero la enfermedad le iba minando todo, la salud, la moral y el peculio. Su hermano Luis se había hecho enviar de su casa paterna, y por puro romanticismo, la cama en la que dormía desde niño. Al fin llegó a la estación de Delicias, y allá que se fue a recogerla, acompañado por un amigo de fuerte complexión física. La cargaron al hombro y la subieron hasta la pensión. Pronto se dieron cuenta que era el único capital con el que contaban y urgía trocarla en dinero. Así que de nuevo cargaron con la cama y en graciosa comitiva se fueron hasta Cascorro, donde la recostaron en la fuente y esperaron a que alguien se interesara por ella. Leocadio confiesa que aunque nadie les conocía, sentía un rubor extraordinario, «¡lamentables prejuicios que se adquieren en los colegios de pago!». La gente voceaba su mercancía desgañitándose en el ¡compro, vendo, cambio!, pero ellos permanecían mudos como tres idiotas.

«—Oye, Luis, aquí hay que gritar “¡Me la vendo!” como hacen estos tíos, si queremos venderla.

—Dilo tú, yo no tengo ganas.»

Qué difícil resulta para algunos vocear en el Rastro el «¡Me lo vendo!» obligado de los que allí comercian. Se le hizo un nudo en la garganta, un nudo de vergüenza, y le salió tan bajito el pregón que ni él mismo lo oyó.

«—Decididamente, hermano, Dios no nos ha llamado por este camino. ¡Somos unos pusilánimes!

—¿Cómo que no? Ahora verás —y gritó con todas sus fuerzas—: ¡¡Me vendo esta cama!!»

Al instante se puso rojo como una guinda, y con una carcajada impropia trató de ocultar su azoramiento. La gente pasaba sin fijarse en el camastro, muy desvencijado de tanto viaje. Finalmente, la suerte les llegó en forma de Pepe Gil, un amigo de su tierra que aún siendo hijo de gente rica como ellos y estando en la misma miseria, había sido capaz de asumir su circunstancia y no tuvo problemas en vocear la cama con tal arte que la vendió en 15 minutos, por cinco duros.

Ese gran éxito comercial les unió en un triunvirato feliz. Pepe Gil había sido en la guerra teniente del Tercio y no se habituaba a una vida tranqui-

la y sedentaria, pero entró en sus vidas con un inagotable caudal de alegría. Juntos hacían planes de negocios millonarios, aunque el amigo Gil debía un mes largo de pensión. Doña Emilia, la patrona, le encaró un día a Leocadio:

«—Que no piense su amigo Gil que le vamos a estar sirviendo gratis, porque en cuanto venga le pongo los “trastes” en la calle.»

«Los trastes». Él miraba la gabardina de Gil colgada en un clavo en la pared, con su inmenso lamparón en la espalda. Era todo su ajuar, y era todo lo que doña Emilia podía ponerle en la calle, según su frase. Pero se mortificaba, porque Leocadio le había salido fiador ante la patrona, y no sabía cómo cancelar el asunto. Se lo dijo a su hermano:

«—Oye, Luis, doña Emilia le va a poner a Pepito la gabardina en la calle. —¿La gabardina?»

En ese momento un traperero callejero vociferó su pregón. Su hermano, que como de costumbre estaba sin tabaco, tuvo una luminosa idea. Descolgó la gabardina, corrió con ella escaleras abajo, y a poco subía fumando.

«—La gabardina de Pepe me la fumo yo.
—¿Qué te ha dado el traperero por ella?
—Seis reales. ¡Qué ladrón!»

Sin embargo, Pepe Gil inició un negocio que luego hizo ricos a quienes lo monopolizaron. Consistía en aprovechar los restos de la remolacha para pienso de ganado. Pero el hombre no logró hacerse con él y se enroló en la División Azul. ¿Por qué? No por patriotismo ni por ideología ni por dinero, sino porque vivía una íntima tragedia sentimental y continuamente buscaba el peligro, rodearse de fuertes emociones, de ilusiones imposibles. No le importaba ni el dinero ni la vida... como a tantos que se fueron.

Leocadio, sin poder levantarse de la cama, seguía escribiendo comedias y guiones de cine, pero la posibilidad de pagar la factura de la fonda era cada vez más remota, de modo que decidió ingresar en el Hospital provincial —él lo llama *el caserón del dolor*—, situado en la glorieta de Atocha, hoy Museo Reina Sofía, y confiesa que nunca sintió más intensa la sensación de la soledad y la angustia, que allí dentro.

Después de aguardar una larga cola para registrarse le enviaron a las buhardillas, y entre las sábanas remendadas se le agolparon los recuerdos de una infancia amable rodeada de dulce bienestar. «¡Señor!, ¿y para morir aquí, en este ineditismo, había venido a Madrid?»

Dos horas más tarde del ingreso su hermano Luis, que lo andaba buscando por los pabellones, consiguió encontrarlo y lo sacó de allí convencido de que era preferible morir en la calle donde había sol y vida.

Se sentaron en un banco del paseo del Prado y compraron para comer un cucurucho de dos pesetas de almendras, que llenaban mucho.

«—¿Tienes tú hambre?

—No.

—Luego somos felices. ¡Viva la vida! Ahora nos tumbaremos a dormir la siesta a la verde sombra de una acacia en flor. Es bonita la frase, ¿eh?

—Es bonita... pero, ¿y esta noche?

—¡Oh, como te estás aburguesando! ¡Tienes el estómago lleno y ya estás pensando en la hora de la cena! ¡Estás tumbado al aire libre como conviene a un muchacho tuberculoso, y ya piensas en encerrarte otra vez en la habitación infecta de una fonda! ¡La verdad es que no mereces ni la conversación! ¡Anda, descansa!»

Y como siempre ocurre en los momentos más negros, surgió en forma de casualidad una tabla de salvación. Se dio la circunstancia de que en el papel de envolver había un trozo de entrevista a Conrado Blanco —mítico empresario del teatro Lara—⁵ donde se quejaba de que no le llegaban comedias buenas para poder estrenar.

Animado por su hermano decidió enviarle la única comedia que estaba pasada a máquina, *La Niña Mala*, aunque no puso en ello demasiada esperanza. Pasaban los días y la enfermedad seguía su curso. La tuberculosis hacía estragos en España, fue una epidemia de envergadura que controló el Ministerio de la Gobernación. Para atajarla se dispuso la creación de los dispensarios antituberculosos por barrios. Cada barrio, un dispensario. A Leocadio le atendieron en el de la calle de Goya, donde hacía el número de enfermo 19.940. Gracias al dispensario pudo mejorar su neumotórax.

Una vez mejorada la salud, decidió telefonar a Conrado Blanco para recuperar la comedia que le había enviado. Y sorprendentemente para él, el empresario encantado con su llamada, se cita con él.

Conrado Blanco⁶, hombre espléndido en todos los sentidos, se convirtió en su mecenas y le asignó un dinero semanal para que solamente se ocupase de escribir comedias. La vida volvía a parecerle maravillosa. Pero Conrado Blanco tenía por costumbre arruinarse des veces por año...

EL IMPULSO DE EMILIO CARRERE

Otro impulso importante lo recibió de Emilio Carrere, que, sin conocerle personalmente, escribió⁷ refiriéndose a él un artículo titulado *Un*

⁵ Situado en la Corredera Baja.

⁶ Fallecido en Madrid en 1998, con 90 años.

⁷ En diciembre de 1941 en el *Diario Madrid*.

nuevo Fénix dramático en el que aventuraba la llegada de un genio de la comedia, la revelación de un auténtico escritor con dominio de la mecánica teatral, que transmitía emoción, añadía humorismo y sobre todo, era original...

Perplejo por las alabanzas, Leocadio quiso dar las gracias a Emilio Carrere y fue a la redacción del *Madrid* con ese propósito. Pero don Emilio no iba por el periódico. Escribía los artículos en su casa y un botones los llevaba a la redacción. Sin embargo, lo encontró en el Café Castilla⁸.

EL PRIMER ESTRENO

El artículo de Carrere llamó la atención de Enrique Guitart que había formado compañía y quiso conocer algunas comedias de Mejías. Finalmente puso en escena «Sr. Clown», por la que también se había interesado Guillermo Marín. Y con un acuerdo a tres bandas, se estrenó en Zaragoza el 5 de febrero de 1942.

Eran momentos de esperanza, parecía que al fin iban saliendo las cosas. Su hermano del alma también había encontrado un trabajo. Se le presentó un día muy contento tocado con una gorra de empleado del Metro que le quedaba grande y le dio la buena noticia. Su trabajo consistía en impedir que la gente pasara por donde ponía «PROHIBIDO EL PASO», pues eran legión los analfabetos y, por tanto, no podían leer los carteles. Por ese trabajo le iban a pagar 10 pesetas diarias.

Leocadio estaba feliz. ¡Iba a estrenar su primera obra! Había que ir a Zaragoza al gran acontecimiento. Por descontado que no iría solo. Luis, sin pensárselo dos veces, se quitó la gorra, que era su único uniforme, para no ponérsela nunca más, y montaron en el expreso tan contentos, acompañados de Feisser, gran dibujante y amigo de ambos, hacia la hidalga ciudad del Ebro.

En el camino se dieron cuenta de que *el autor* no podía presentarse en el teatro con el traje raído que llevaba, y mucho menos salir a escena, en el caso de que la obra fuese aplaudida. El amigo Feisser, hijo de familia acomodada, llevaba, en cambio, un terno azul impecable. Así que convinieron en cambiarse de traje. Había un pequeño problema. Leocadio media un metro ochenta centímetros y Feisser un metro sesenta, de modo que aquello parecía imposible. Sin embargo, Feisser debía tener de la amistad un entrañable concepto para acceder gustoso a pasearse durante todo el día por Zaragoza, con un traje zarrapastroso más grande que él. A Leocadio, en cambio, su traje nuevo le estaba cortísimo. Las mangas le quedaban casi por el codo. Feisser le dijo:

⁸ Situado en la c/ Infantas esquina a Libertad.

«—Si al salir al escenario te cuidas de saludar al público poniendo las manos atrás, nadie notará que el traje te está corto.»

Y afortunadamente tuvo que salir a saludar. Los actores le buscaban entre bastidores. Entre Ana María Noe y Enrique Guitart le tomaron de las manos y le condujeron al proscenio. De pronto se dio cuenta de las mangas. Se desasíó de ellos, que insistían en agarrar sus manos, y se fue hacia atrás con los brazos en la espalda haciendo reverencias a troche y moche. Nos lo cuenta en *La Conquista* con una gracia extraordinaria, que pretende ocultar su patetismo. Y nos da cuenta además de una variedad de profesionales que hoy han desaparecido del teatro, como el apuntador o el jefe de cla que animaba e inducía los aplausos o las risas en determinadas escenas.

La obra tuvo una larga turné, y vivieron tiempos felices, pero Guitart decidió pasarse al cine y deshizo la compañía...

LAS FONDAS

De nuevo las sombras y las deudas en la fonda. Era el Eterno Universal en aquella época. El mundo de las deudas y de las pensiones está ampliamente reflejado a lo largo de toda la serie. Al Madrid de después de la guerra le llegó un gran capital humano salido de todos los rincones de España sin ningún capital en los bolsillos... Los fondistas, que eran muchos, tenían un trabajo añadido al de hostelero: conseguir cobrar. Mucha gente se marchaba de las pensiones dejando tal cuenta pendiente que daba al traste con los equilibrios del fondista. Algunos conseguían marcharse sin ser vistos, y lo hacían tirando los enseres por la ventana, para salir inmediatamente por la puerta silbando como si fueran a volver. Otros eran puestos de patitas en la calle y, sin embargo, volvían... colándose. Unas veces convencían a huéspedes conocidos para dormir en su habitación sin que la patrona los pescase, y otras entraban de extranjis en la que hubiese vacía... En el peor de los casos, había una fórmula para no quedarse al sereno, que era velar a los muertos del día, en su propia casa, y se pasaban la noche durmiendo en una silla en casa de los dolientes. Buena idea porque le daban el desayuno, compadecidos del cariño y fidelidad que mostraba por el muerto, al «sacrificarse» pasando allí la noche. Uno de los asiduos al Castilla, contaba que por las mañanas se ofrecía a bajar por los churros y daba ánimos a toda la familia, para que desayunase, ya que nada se podía hacer por el pobre difunto, y desayunaba él, el primero, para dar ejemplo.

La deuda de los hermanos con su fondista era tal que no les quedó otra que «huir» de ella, pero escribieron una enternecedora carta al propietario asegurándole que, en cuanto pudieran, pasarían a hacerse cargo del importe de la factura. Un amigo logró convencerles de las excelencias

de vivir en el seno de una familia de confianza por 10 pesetas diarias cada uno.

En esta época, muchas familias con casa aliviaban sus penurias alquilando o realquilando habitaciones. Era corriente que incluso vivieran dos o tres familias en un piso, lo que a pesar de la estrechez, constituían en muchos casos, pequeñas comunidades de autoayuda. Las mujeres se dividían el trabajo doméstico; mientras unas se quedaban con los niños, otras salían a las compras; los niños ampliaban sus posibilidades de juego, y entre todos se hacían compañía.

Pero a nuestra pareja, la cosa no les fue bien en la casa de familia y decidieron volver de pensión, y sobre lo de comer «ya comerían en cualquier sitio». Por ejemplo, de este modo:

«Lo de “comer en cualquier sitio” no fue cosa difícil: conocimos a un chofer del Parque Móvil de Automovilismo, el cual tenía derecho a comer, como soldado, en el Ministerio del Ejército, y éste nos vendió su derecho por 3,90 pesetas diarias. Él podía haberse rebajado de rancho, y en este caso le hubieran dado su importe en metálico; pero prefirió hacernos el favor. Así es que a las horas de las comidas nos presentábamos en la traserera del Ministerio. Enfrente, había una taberna denominada El Sotanillo, donde por un real nos dejaban cuchara y tenedor y derecho a ocupar una mesa. Allí nos guardaban una lata grande, envase de sardinas, que, vacía y limpia, con un asa de alambre adosada, nos servía de plato. Mi hermano la cogía y se iba a la “cola” del rancho como un soldado más y volvía con la lata llena. El chofer en cuestión era un buen muchacho y nos fiaba. Creo que no logramos pagarle nunca, a pesar de nuestros buenos deseos y de su gran interés por hacer efectivo el cobro. Hasta que se cansó y nos retiró el racionamiento.»

EXTRAS DE CINE

Y de nuevo la mágica casualidad le pone en contacto con una productora cinematográfica que se interesa por un guión suyo, pero como iban a pagarle tarde, le ofrecieron «para ir tirando» ser figurante de cine. Este trabajo de figurante le permitirá no sólo ir tirando durante muchos meses, sino descubrir en los rodajes un material precioso para escribir unos reportajes fantásticos. El lector conocerá en sucesivos capítulos los intrínquilos de las distintas profesiones que participan en un rodaje. Desvelará las dificultades y los trucos de extras, regidores, tramoyistas, maquilladores, dobles... y también las particularidades de los animales amaestrados para la escena, que tienen muchas veces un caché muy superior al de un actor...

Su primer trabajo cinematográfico fue, pues, de «extra» y nos cuenta una anécdota bien vivida, que luego fue relatada con su permiso por el escritor José Vicente Puente en la novela *Muchachas topolino*, y más tarde

la usó también el periodista Juan de Diego. Todo empezó cuando recibió un velofón que decía: «Para trabajar en los conjuntos de la película “Madrid de mis sueños”⁹, se presentará en los estudios de la CEA, vestido de etiqueta el próximo miércoles día 7.»

Él, ni qué decir tiene, no disponía ni de una etiqueta de papel, pero no podía perder la ocasión. Así que encontró la solución vendiendo su traje para alquilar con ese dinero el de etiqueta, con la sana intención de pagar el alquiler cuando cobrara y comprarse un traje de calle aunque fuera de segunda mano. La cosa parecía bien fácil.

«En la cabecera del Rastro, entrando a la derecha, existe una encrucijada de calles angostas y en ella está la de Santa Ana. En la fachada de un tenducho de lóbrego aspecto un cartelón reza: “Compraventa de enseres y ropas. Se arriendan trajes de etiqueta”. Dentro hay un largo mostrador con brillo de mugre; colgados acá y allá se ven los más diversos objetos: una guitarra, un impermeable, un cuadro ennegrecido por la pátina del tiempo... Huele a ropas usadas, a vejez y a tristeza en encierro. En una estantería que coge todo lo largo de la pared, se agrupan en orden pantalones, americanas, chalecos... y frecuentemente, ante una pira de trajes de etiqueta colocados sobre el mostrador, varios clientes en mangas de camisa, se los prueban hasta dar con el de su talla. Son los “extras de cine” que preparan su vestuario. El arriendo de un frac o un “smoking” cuesta tres duros por día. El alquiler del primer día hay que pagarlo por adelantado.»

Y vestido con frac, tomó muy temprano el tranvía que iba de Las Ventas a Ciudad Lineal, donde se encontraban los estudios CEA. Allí coincidió con una legión de figurantes, de los que nos relata anécdotas de fina percepción. El caso es que ni ese día, ni el siguiente, ni durante casi un mes, pudo deshacerse del traje de etiqueta, bien porque había que seguir rodando escenas con él, bien porque si sumaba lo que pagaba por el transporte, las tres comidas, la fonda y el tabaco, el sueldo jamás alcanzaba para el trueque proyectado. De modo que tuvo que superar la vergüenza de andar por las calles de Madrid y de montar en el Metro, vestido con frac, sintiendo el ridículo más espantoso por no tener una mala gabardina con que cubrirlo. Ni en el Auxilio Social, decía, le admitirían, yendo tan elegante.

¡Bonita situación! Cada día que pasara, el alquiler del frac sumaría tres duros más. Presagiaba que iba a necesitar todos los billetes del Banco de España para abonar su arriendo. El problema se agudizó en extremo, cuando le convocaron nuevamente de extra. En esta ocasión, había que rodar escenas matinales, pero «vestido de calle». Leocadio atrevido, se presenta con el frac. El regidor al verle le encara: «¿Usted cree que a primera hora de

⁹ Los actores principales eran Roberto Rey, la italiana Mari Mercader y Toni d'Algi.

la mañana se ve en alguna calle del mundo un hombre así vestido?» A primera hora y a todas las horas de todos los días iba Mejías así.

Gracias a su cuñado Eugenio Frutos¹⁰, conoce a Alfredo Marquerie por entonces subdirector del diario *Informaciones*, y desde este momento serán para siempre amigos. Marquerie le invitó a publicar sus artículos en el periódico, y Leocadio le entregó uno muy poético y filosófico sobre la muerte, a través de la obra de Rainer Maria Rilke. Marquerie le pagó el artículo de su bolsillo en el acto, pero jamás lo publicó. Y le advirtió: «Esta clase de artículos no pueden publicarse en un periódico en el que se tienen que insertar entre el anuncio de una carbonería y algún anuncio sobre un medicamento contra hemorroides.»

Animado por Marquerie, al que le divertían sobremanera sus peripecias cinematográficas, comienza a escribirlas para la revista *Cámara*, que por entonces dirigía Tono, era mensual y costaba un duro. Acompañado por el gran reportero gráfico Contreras y su maravillosa Leika anduvieron de plató en plató cazando las entretelas del cine. Este tipo de reportajes supuso una novedad en el periodismo español.

CAFÉS CON LECHE

Los cafés eran verdaderas sedes sociales, o como decía D. Miguel de Unamuno, la verdadera universidad española. En Madrid, hubo muchos que acogían tertulias literarias; eran espacios abiertos, terreno de nadie y lugar de encuentro y debate, aún sin cita previa. Muchos jóvenes se dejaban caer por las tertulias para relacionarse y poder orientarse en la carrera literaria, pero Carrere le dijo a Mejías: «Frecuentando el café Castilla no estrenará usted nada, porque los cómicos son los únicos que tienen que ver en estas cosas del teatro.»

Cerca del café de Castilla existía una lechería que será muy importante en la supervivencia de bohemios, artistas y otras huestes madrileñas de la época, es la lechería de las Navas, situada en la calle de las Infantas, frente a la Plaza de Vázquez de Mella (antes se llamaba Plaza de Bilbao). Era un local pequeño donde todo era desmesuradamente grande. Tenía un amplio ventanal a la calle; un reloj (que parecía de estación) pendía del techo con gruesas cadenas; un enorme y castrado gato rubio dormitaba en los divanes inmensos, y los vasos de leche que despachaban eran los más grandes y ricos de todo Madrid. Se convirtió en una sucursal del café Castilla que estaba en la misma calle. A las Navas era asiduo, entre otros, Jardiel. Precisamente en su obra *Eloisa está debajo de un almendro* menciona la rica leche que se despachaba allí. El cuadro de la come-

¹⁰ Catedrático de Filosofía Fundamental (1903-1979).

dia es una conversación entre los criados Leoncio y Fermín. Uno quiere convencer al otro de las ventajas que tiene para ellos el viaje «virtual» que su señor Edgardo, el padre de Mariana, realiza sin moverse de la cama.

«—Viajar con el señor tiene sus ventajas, porque está uno autorizado a comer y a beber a discreción los productos de cada sitio por donde se pasa.

—Arrea, y ¿qué menú líquido tenemos en el itinerario?

—Pues, empezando por leche fresca al cruzar *Las Navas*, y acabando por chacolí, toda la lira.»

La lechería de Las Navas tenía una extraña clientela. La frecuentaba por las mañanas Pablo Lozaga¹¹, hombre de mundo y escultor genial, que se reunía con un militar retirado para hablar de arte, y que convidaba a sus amigos como un prócer de rumbo. Hacía tertulia también con el Sr. Casas, que fue secretario del poeta Villaespesa¹², y contaba cosas inverosímiles de él y de Joaquín Dicenta¹³. Asomaba también con frecuencia Gregorio Blanco, tenor de ópera y actor de cine, hermano del popular Conrado, y por las tardes, «a la hora de los chivos» que era la de la merienda, la lechería se llenaba de un nutrido público femenino que degustaba los suizos y la vida ajena con la misma avidez.

Otro cliente era Benito Revilla, un hombre conocido como «reventador de estrenos». Con harta frecuencia sus ingeniosas frases proferidas en voz alta en medio de una representación teatral daban al traste con la comedia que se estrenara. Revilla era temido de autores, cómicos y empresarios. Incluso un abogado, Juan Peiró, montó su bufete en la lechería, y allí recibía a los más heterogéneos clientes. Los propietarios de Las Navas, que eran tres hermanos, Ángel, Lucio y Federico, y que eran los camareros, fueron unos auténticos mecenas del arte. Consintieron sin rechistar deudas importantes de sus clientes, que no se liquidaron nunca y a pesar de ello seguían cafeinando de balde a escritores y artistas.

Mejías decidió trasladarse de las Navas al Castilla, ambos en la misma calle de Las Infantas. El café de Castilla ha sido mencionado por la práctica totalidad de los escritores madrileños de la época. Mejías reportajeó de él lo que aún no había salido en la prensa; los kilos de bicarbonato que se consumían al mes (por lo visto los cómicos tomaban mucho bicarbonato); las estupendas historias de Paquiro el limpiabotas, y, en general, escribió artículos sobre «la morralla».

¹¹ Escultor. Granada, 1872-1951.

¹² Francisco Villaespesa (Almería 1877-1936), escritor español con reminiscencias románticas que fue un gran difusor del modernismo en España.

¹³ 1863-1917. Autor del melodrama *Juan José*.

«La morralla» era lo más interesante del café. Estaba compuesta por la gente que aún no había alcanzado categoría de inmortalidad; periodistas incipientes, cómicos ya viejos en su mayoría, poetas famélicos... La morralla se agrupaba por géneros. Entrando, a mano derecha, junto al ventanal, se reunía la peña del género lírico. De aquella reunión salía de vez en cuando un «do de pecho», un «si bemol» o un «la sostenido» y entonces el café en pleno chistaba al cantante hasta hacerlo callar. Seguía a esta peña la del género dramático, que era peña de café corriente. Bajo el reloj se agrupaban los periodistas y escritores noveles, siempre pluma en ristre. «¡Aquellas plumas de corona del café de Castilla, que cada vez que se sumergían en el tintero extraían de él las cosas más inverosímiles: pelos, pedazos de estropajo, moscas, migas de pan! ...»

En los divanes del centro se sentaban los que no tenían peña fija: disidentes de las otras peñas, algún pintor, algún inventor... pues también iban inventores al Castilla. En la planta de arriba, en una salida junto a los lavabos, estaba lo que se llamaba «la tertulia»: un cuchitril donde se jugaba al robi y a otros juegos de salón. La mayoría de los tertulianos que tiraban el naipe eran cineastas. De la tertulia llegaban al salón gritos destemplados, broncas sin trascendencia y discusiones tremendas, mas nunca pasaba nada.

Del café de Castilla¹⁴ Mejías posee un anecdotario muy amplio. Aparecen en el café, entre otros, el actor de cine Roberto Rey¹⁵, el poeta Mediero, el fotógrafo Manolo Pulido, el actor, pintor y deportista Félix de Pomés¹⁶ que le hizo unos estupendos retratos, Evaristo Casariego¹⁷ ... Y cómo no, un grupo de jóvenes reporteros; Pepe Altabella con 26 años, el más antiguo en la profesión. Juan Cazorla, Rafael Martínez Candía, Juan Fortega, Manolo Rodríguez Zuasti, Carlos Estecha... todos juntos en el café de Castilla, eran mirados por los camareros como al enemigo público número uno. El que no adeudaba 10 cafés adeudaba 20. Y es que en aquellos entonces la suerte era adversa a casi toda la población, y éstos, hasta que no conseguían dar un sablazo a alguien, no podían irse a dormir pagando una pensión.

Era normal ver en los cafés tertulias de siete personas reunidas en una mesa ante una sola taza. Los camareros les tenían una tirria enorme, y algunos de los parroquianos afeaban a los clientes que dejaban propina como Mejías, por hacer con este gesto de menos a los que no podían darla. Era

¹⁴ C/ Infantas, casi esquina a C/ Libertad.

¹⁵ Apuesto galán. Intérprete de «Madrid de mis sueños», y es Julián en «La Verbena de la Paloma», del 35, la de Benito Perojo.

¹⁶ Barcelona, 1889-1969. Fue campeón de esgrima.

¹⁷ Biógrafo de Jovellanos.

gente que alquilaba su cartilla de racionamiento, gente alegre a pesar de todo que vivieron siempre en su recuerdo.

UNA DE PERROS

La serie va cumpliendo capítulos, y los últimos nos acercan, como es natural, al momento en el que el muchacho extremeño siente que ha conseguido ganar alguna batalla en la toma de Madrid.

Cierto día invitó a comer a Don Emilio Carrere a la pensión La Sal, en la que vivía y donde se comía espléndidamente, y éste entre plato y plato le sugirió la idea de escribir en la prensa diaria. Le aconsejó que fuese a ver a don Juan Pujol. A Leocadio, que le parece muy bien la idea, se le ocurre llevarle escrito un artículo sobre los perros, ya que sabía que Pujol era un gran amante de estos animales con la intención de proponerle una serie de entrevistas a personajes importantes que tuvieran perro. Después de algunas reticencias y algunas horas de charla, al director del periódico le termina pareciendo de perlas la idea de los perros.

Y comienza a trabajar para el *Diario Madrid* entrevistando a Baroja y Azorín, convirtiéndose inmediatamente en colaborador fijo. Pujol es para Mejías un maestro en el periodismo, y cuaja con él una respetuosa amistad. A Juan Pujol le pareció siempre bien todo lo que Leocadio le propuso. La primera serie continua de reportajes propuesta y aceptada se titulaba «Muchachas que trabajan»¹⁸. En ellos desfilaron las modistillas, peluqueras, vicetiples, telefonistas, maniqués, enfermeras, peladoras de pollos, planchadoras, bombilleras, sombrereras, floristas... todos los oficios destinados a la mujer en el Madrid de ese momento. Después fue muy famosa su serie de teatro «Entre bastidores», donde contaba lo que sucedía entre los bastidores teatrales. También escribió por capítulos para la prensa las biografías de Emilio Carrere, Carmen Amaya, Manolete, Lola Flores... Y del mundo del circo, además de escribir páginas y páginas en prensa, publicó la biografía de nuestro mítico payaso Ramper, *Una vida para la risa y el dolor*¹⁹, que es un tesoro en nuestra escasa bibliografía circense.

Mejías ejerció el periodismo posando la mirada en la calle. Estaba convencido de que la calle era el lugar donde debía estar el periodista. De la calle, esa gran vividora poblada de mundos palpitantes, es de donde sacó los materiales para construir sus reportajes, que son, como él mismo dice, la novela viva. Pero su espíritu literario necesitó aún probar todos los géneros y a finales de 1947 dio a la imprenta una deliciosa novela ambientada

¹⁸ *Anuario del Instituto Estudios Madrileños*, 2003.

¹⁹ Madrid (s.n.), 1957.

en Madrid, que titula *Segundo López, aventurero urbano*, y es la historia de un emigrante extremeño sin oficio ni beneficio que llega a Madrid también atraído por la capitalidad. Su publicación tuvo muy buena acogida, pero trascendió sobre todo gracias a la estupenda película que con el mismo nombre rodó Ana Mariscal en 1952. Precisamente nuestro emblema femenino en el mundo de la dirección cinematográfica, eligió esta novela para estrenarse como directora. Vio en ella los ingredientes necesarios para ensayar en España el neorrealismo italiano, y le pareció tan humana, que se reservó un papel como actriz.

La prensa en esta época es una fuente de información de ambientes además de datos. Con la lectura de esta *Conquista* paseamos por el Madrid de 1940 y entramos en las pequeñas historias de sus moradores. El periodismo de entonces se interesaba por las pequeñas cosas consciente de que en los detalles se guarda mucha información. Hoy la prensa va a los grandes asuntos, a las grandes palabras y a los grandes datos, aunque cada día hay más profesionales del periodismo que practican la «literatura de periódico» alentando un reportaje que se alimenta de la vida y de la evocación que suscita en ellos. No hay más que ver el incremento de ediciones recopilatorias de los artículos de prensa de algunas figuras de nuestro periodismo. Espero que esta *Conquista de Madrid* vea un día la luz encuadrada. Aquí les dejo una breve sinopsis para dar fe de su existencia.

RESUMEN: *La Conquista de Madrid* es una serie periodística publicada entre 1947 y 1948 en *Madrid*, diario de la noche, cuando lo dirigía Juan Pujol y escrita por el periodista Leocadio Mejías. La serie, que consta de 54 capítulos, cada uno bajo título propio, es autobiográfica y relata lo ocurrido seis años antes de escribirse. Un joven extremeño llega a la capital de España con la esperanza de conquistar en ella un espacio literario, quiere ser autor dramático. Termina siendo periodista y nos pinta capítulo tras capítulo los ambientes madrileños, sus personajes y sobre todo el universo palpitante de la calle. Las grandes secuelas de la guerra están presentes en todo momento, sin embargo, la miseria se disfraza con grandes dosis de humor, que es el condimento adecuado para aligerar el presente y conjurar el pasado.

ABSTRACT: *The Conquest of Madrid*, is a series written by the journalist Leocadio Mejías, published between 1947 and 1948 by *Madrid*, an evening newspaper under the directorship of Juan Pujol. The series, which consists of 54 chapters, each one with its own title, is autobiographic, and relates what had happened 6 years before it was written. A young fellow from Extremadura arrives to Spain's capital with the hope of finding work in the city's literary sphere. Although his true desire is to be a playwright, he ends up becoming a journalist, and chapter after chapter he describes Madrid's atmospheres, its characters and above all the throbbing universe of its streets. The profound consequences of the civil war are always present, however, the misery is disguised with great doses of humor, which is the right tool to alleviate the present and ward off the past.

PALABRAS CLAVE: Prensa madrileña. *Madrid*, diario de la noche. Leocadio Mejías. Juan Pujol. *La conquista de Madrid*.

KEY WORDS: Press of Madrid. *Madrid*, night paper. Leocadio Mejías. Juan Pujol. *La conquista de Madrid* (The Conquest of Madrid).